

El futuro del sistema de partidos

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Resumen

En este artículo el autor examina las condiciones políticas que se establecen una vez que el sistema de gobierno basado en la hegemonía unipartidista entra en crisis y, finalmente, se agota. A lo largo del escrito se sostiene la premisa de que en una situación posthegemónica —como la que actualmente vive México— es necesario establecer una nueva institucionalidad que permita no solamente el buen funcionamiento de los partidos, sino que también los conmine a transformarse de manera tal que cada uno de ellos logre consolidar su estructura e identidad.

Abstract

The author reviews in this article the political conditions established once the government system based on the one-party hegemony erups into a crisis and comes to end. Throughout his study, he uphold the premise that in a post-hegemonic situation —as the one Mexico is actually living— it is necessary to establish a new institutionality that allows not only a good performance of the political parties, but also forces them to transform in such a way that they may consolidate the structure and identity of each one of them.

De la celebración del 6 de julio debemos pasar al análisis del efecto de estas elecciones, lo cual no quiere decir que no haya cosas que celebrar de la elección. Desde luego, la de 1997 fue una elección extraordinariamente importante, una elección auténtica que logró por primera vez dejar satisfechos a los protagonistas. Se recompuso el mapa político del país, Acción Nacional no obtuvo lo que quería, pero tiene nuevos espacios de responsabilidad ejecutiva; el PRD aumentó enormemente su aceptación nacional y tiene la plaza política más grande y más importante del país. Quizá lo más importante es que el PRI, “el partido del presidente” perdió la Cámara de Diputados, con lo cual se inaugura una época de incertidumbre, en donde se establece un gobierno compartido —como dicen en Estados Unidos—, un sistema de gobierno dividido.

En lo más importante para la actual administración, su política económica, esta votación arranca un brazo al presidente. Como estamos viendo justamente en estos momentos, la política económica del país debe tocarse ya a cuatro manos.

Lo que nos interesa en este momento es el impacto de esas elecciones en el sistema de partidos. Y la primera reflexión a hacer es que en la elección del 6 de julio se enterró definitivamente lo que Sartori denominaba el "sistema de partido hegemónico".¹ Este régimen partidista que el profesor de la Universidad de Columbia definía como un sistema no competitivo, en donde había varios partidos, pero solamente uno que tenía realmente posibilidades de gobierno, terminó definitivamente el 6 de julio de 1997.

No fue, en modo alguno una muerte súbita. Justamente, la hegemonía priista se ha ido disolviendo, se han ido desatando poco a poco controles que tenía el partido oficial durante muchos años. Fueron conjugándose dos factores fundamentales: por un lado, la pérdida de votos; y por el otro lado, la desaparición de las estructuras que afirmaban la prevalencia de un partido.

Por un lado, se fortalecen electoralmente las alternativas y, por el otro, se robustecen las instituciones de la imparcialidad. Esos dos elementos fueron los que de manera lenta, a lo largo de muchos lustros, fueron disolviendo la hegemonía priista.

Sí terminó el sistema de partido hegemónico; hoy tenemos más que un sistema de partidos para remplazarlo, una situación política. A causa de la vaguedad de ésta podríamos decir que es una situación poshegemónica. El prefijo es tramposo, pues exhibe la imposibilidad de nombrar al sustituto. Precisamente por eso podríamos hablar de situación poshegemónica, en tanto tenemos muy claro que se acabó, pero no es muy fácil identificar la naturaleza del nuevo arreglo o del nuevo desarreglo político.

Y hablo de situación, porque la naturaleza de este desacomodo es su precariedad, en eso estamos de acuerdo, es un sistema inestable y no podemos pensar que lo que ahora existe tiene mucho futuro. "Situación", era la palabra que usaba Juan Linz en mil novecientos setenta y tantos, al referirse a la condición política brasileña. Decía que no había un régimen autoritario en Brasil, sino una situación au-

¹ Véase G. Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza, 1980.

toritaria, porque no habían anclado en instituciones los controles autoritarios. Algo semejante parece existir hoy en México: una situación de partidos donde no existe una institucionalidad que dé previsibilidad a la dinámica entre estas organizaciones.

El aumento de la competitividad de los partidos se acompaña con una especie de desinstitucionalización del sistema: no tenemos patrones estables, reglas, identidades precisas que podrían formar una mesa previsible de intercambios y de relaciones entre los partidos políticos.

En primer lugar, esta desinstitucionalización es consecuencia de la "reformitis". No puede haber un sistema institucionalizado cuando las reglas no están fijadas, cuando hemos tenido en los últimos veinte años legislaciones creadas a propósito de cada elección y cuando, a pesar de que se hayan resuelto muchos problemas en materia de la legislación electoral, quedan desde luego muchos pendientes. Jorge Alcocer menciona el asunto del registro de partidos; algo que estará en la agenda inmediata de la reforma política tiene que ver con la reelección de los diputados, una mutación que alteraría definitivamente los juegos internos en los partidos, la dinámica regional, nacional, de las organizaciones políticas; el marco, pues, no está fijo.

La mayor fuente de inestabilidad de esta situación de partidos es que el partido eje, el hegemónico del régimen anterior, es el partido más endeble. Siendo todavía el más votado es, sin lugar a dudas, el más inestable en el mosaico de organizaciones políticas del país. Lo es porque los lazos que antes anudaban su unidad, las banderas que armaban la identidad programática de esa institución se han roto; se ha desvanecido el señuelo del éxito, que finalmente era lo que ataba a toda esta coalición tan heterogénea. Y en cuanto a su programa ideológico, hay una crisis terrible, porque lo que era su programa tradicional está ahora fundamentalmente en otro partido, en un partido que aparece como la refundación priista: el PRD.

En relación con el PAN y el PRD, me parece que igualmente están en una crisis muy seria. Los dos tienen que dejar de ser lo que han sido, la responsabilidad de la competencia cambia definitivamente su discurso, su dinámica interior. Ahora son gobierno en muchos espacios; tanto en la Cámara de Diputados como en distintos estados tienen una responsabilidad, la cual debe moderar el discurso de la superoferta, y debe terminar el viejo misticismo opositor.

Pero, de cualquier manera, yo veo en el futuro de los dos partidos un horizonte. En el futuro, los militantes pueden ver las posibilidades de seguir creciendo electoral y políticamente y, en este sentido, creo que la crisis que atraviesa a estos partidos es de una naturaleza muy distinta de la que atraviesa al PRI, el cual puede ver en el futuro todo lo contrario.

La manera en que se reforme, en que se descomponga, en que se disuelva, en que estalle o en que se pulverice el Partido Revolucionario Institucional determinará el futuro del sistema de partidos. En primer lugar, determinará el número de jugadores en el nuevo sistema.

Podrá haber una pulverización del PRI o podrá haber una recomposición de cierto sector en el PRI que se queda con la organización y puede finalmente usar ese espacio político todavía enormemente atractivo; un espacio en el centro político, con lealtades tradicionales, etcétera.

Las posibilidades son muchas: puede formarse un sistema multipartidista terriblemente pulverizado, o podría formarse un multipartidismo sensato con tres o cuatro fuerzas que integraran el mosaico electoral.

Igualmente, esta situación inestable está marcada por una crisis de identidad de todos los partidos políticos. Pero, independientemente de estas crisis, independientemente de las diferencias que existen entre los diferentes partidos que componen este cuadro, hay, a fin de cuentas, una intención centrista en todos los que existen actualmente. Se han limado los extremos ideológicos. Acción Nacional tiene como propósito —por lo menos su dirigente nacional así lo ha dicho—, marchar hacia el centro; y el PRD, partido ya de gobierno, tendrá que desplazarse hacia la moderación.

Estos tres partidos que disputan el centro están acompañados por una serie de partidos y de organizaciones con una mínima institucionalidad interna. De la política interior de cada uno de los partidos grandes, el PAN, el PRI y el PRD, podríamos hacer muchas críticas, pero también podríamos decir que hay instituciones, hay rutinas, hay organización, hay programa. Sin embargo, al lado de estas organizaciones, hay una serie de partidos que tienen una estructura gelatinosa, una organicidad prácticamente inexistente; y que lamentablemente pueden tener éxito.

El número de partidos políticos que habrá en el futuro sistema, la naturaleza de su institucionalidad interna, la coherencia de sus programas ideológicos, su moderación o radicalismo, son importantes justamente porque conforman las claves esenciales para la suerte de la gobernabilidad democrática.

Insisto en un punto: la decisión de los electores de cuantos partidos existan nunca es espontánea; importa muchísimo el diseño institucional. Los componentes partidistas son en cierto sentido manufacturados. No creo en ese espontaneísmo democrático que sostiene que hay tantos partidos como valores o ideologías hay en la sociedad.